



Platón

Hipias menor



E LEJANDRIA

Libro descargado en www.elejangria.com, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Platón

HIPIAS MENOR

ÉUDICO, SÓCRATES, HIPIAS

ÉUDICO. - Tú, Sócrates, ¿por qué guardas

silencio tras esta exposición de Hippias que ha tratado de tantas cosas, y no te unes a nuestra alabanza de lo tratado o refutas algo, si crees que no ha sido bien dicho? Sobre todo, cuando

nos hemos quedado solos los que pretendemos

especialmente interesarnos en emplear nuestro

tiempo en la filosofía.

SÓCRATES. -Ciertamente, Éudico, hay al-

gunos puntos, de los que ahora Hippias ha hablado acerca de Homero, sobre los que yo le

preguntaría. En efecto, yo he oído decir a tu

padre, Apemanto, que la *Ilíada* era un poema de Homero más bello que la *Odisea*, tanto más be-

llo, cuanto mejor era Aquiles que Odiseo. De-cía, en efecto, que los dos poemas habían sido

compuestos, el uno en honor de Odiseo, el otro

en honor de Aquiles. Sobre este tema, si Hippias está dispuesto a ello, me gustaría preguntarle

qué piensa él de estos dos hombres, cuál de los dos dice que es mejor, ya que nos ha expuesto

otras muchas ideas de todo tipo sobre los poetas y en especial

c

sobre Homero.

ÉUD. -Es evidente que Hippias no rehusará

responderte, si le preguntas algo. ¿No es cierto, Hippias, que si Sócrates te hace alguna pregunta, tú le responderás? ¿O qué harás?

HIPIAS. -Ciertamente, Éudico, obraría yo de modo inconsecuente, si, yendo siempre desde Élida, mi lugar de residencia, a Olimpia, a la fiesta solemne de los g

d

riegos, cuando se cele-

bran las Olimpíadas, allí en el santuario me

ofrezco a ampliar, cuando

3

alguien lo quiere, lo

que he preparado para mi exposición y a contestar a lo que cualquiera desee pregunta me, y ahora evitara las preguntas de Sócrates.

Sóc. -Gozas de una situación feliz, Hippias, si en cada Olimpiada entras en el santuario tan

lleno de confianza en la disposición de tu espí-

ritu para la sabiduría. Me causaría extrañeza

que alguno de los atletas de ejercicios corporales entrara allí para luchar tan confiado y seguro en su cuerpo como tú aseguras que lo estás

en tu mente.

Hip. - Es natural, Sócrates, que tenga esta confianza. En efecto, desde que he empezado a concurrir a Olimpia, nunca he encontrado a nadie superior a mí en nada.

Sóc. -Dices bien Hippias. Tu fama es una ofrenda de sabiduría para la ciudad de los eleos y para tus padres. Pero, por otra parte,, ¿qué

nos dices de Aquiles y de Odiseo? ¿Quién de los dos dices que es mejor y por qué? Cuando

estábamos ahí dentro muchos y tú estabas

haciendo tu exposición, perdí un poco tus pala-

bras. No me atreví a preguntar porque había

mucha gente y para no interrumpir tu discurso

preguntando. Ahora, puesto que somos unos

pocos y me invita Éudico a preguntarte, dinos y explícanos con claridad qué decías acerca de

estos dos hombres. ¿Cómo los juzgas?

Hip. -Bueno, Sócrates, quiero exponer aún

con más claridad que antes lo que yo digo acer-

ca de éstos y de otros. En efecto, afirmo que

Homero ha hecho a Aquiles el más valiente de

los que fueron a Troya, a Néstor el más sabio, y a Odiseo el más astuto.

Sóc. -¡Vaya, Hippias! ¿Podrías, por favor, no reírte de mí, si comprendo con dificultad lo que dices y te pregunto repetidamente? Intenta con-testarme afable y complacientemente.

Hip. -Sería vergonzoso, Sócrates, que yo en-

señe estas mismas cosas a otros y estime justo

recibir dinero por ello, y ahora, al ser pregun-tado por ti, no tuviera consideración y no con-

testara tranquilamente.

Sóc. -Muy bien. En efecto, yo, cuando decías

que Homero había hecho a Aquiles el más va-

liente, me parecía que entendía lo que decías, y también que había hecho a Néstor el más sabio.

Pero, cuando dijiste que el poeta había hecho a Odiseo el más astuto, para decirte la verdad, no supe en absoluto qué querías decir. Por si partiendo de aquí lo entiendo mejor, dime. ¿No ha hecho Homero a Aquiles astuto?

Hip. - En absoluto, Sócrates, sino el más

simple y veraz. Porque en las *Súplicas*, cuando hace que hablen entre ellos, dice Aquiles a Odiseo:

«Laertíada descendiente de Zeus, Odiseo rico en recursos, es preciso decir las palabras directamente como yo las llevaré a cabo y como pienso que se cumplirán. Es mi enemigo, como las puertas del Hades, el que oculta en la mente una cosa y dice otra. Pero yo voy a hablar tal como será realizado.»

En estas palabras muestra el modo de ser de cada uno de ellos, cómo Aquiles es veraz y simple, y Odiseo es astuto y mentiroso. Hace, en efecto, que Aquiles dirija estas palabras a Odiseo.

Sóc. -Ahora ya, Hippias, es probable que entienda lo que dices. Según parece, llamas al

astuto menti

cioso.

Hip. -Exactamente, Sócrates; pues de esta condición ha hecho Homero a Odiseo en muchas partes de la *Ilíada* y de la *Odisea*.

Sóc. -Luego, según parece, para Homero una cosa era el hombre veraz, y otra distinta, pero no la misma, el hombre mentiroso.

Hip. -¿Cómo no va a ser así, Sócrates?

Sóc. - ¿Piensas tú lo mismo, Hipias?

Hip. -Sin ninguna duda. Sería extraño que no lo pensara.

Sóc. -Pues bien, dejemos a Homero, puesto que es imposible preguntarle qué pensaba al escribir estos versos. Pero tú, puesto que parece que aceptas su causa y que estás de acuerdo con lo que afirmas que Homero dice, contesta conjuntamente en nombre de Homero y en el tuyo.

Hip. -Así será, pero pregunta con brevedad lo que quieras.

Sóc. -¿Dices que los mentirosos son incapaces de hacer algo, como los enfermos, o bien que son capaces?

Hip. -Capaces, afirmo, y en gran medida, para muchas cosas y especialmente para engañar a los hombres.

Sóc. - Según parece, los astutos con arreglo a tus palabras, son capaces. ¿Es así?

Hip. -Sí.

Sóc. -¿Los astutos son engañadores por simplicidad e insensatez, o bien por malicia e inteligencia?

Hip. -Por malicia especialmente y por inteligencia.

Sóc. -Luego son inteligentes, según parece.

Hip. - Sí, por Zeus, y mucho.

Sóc. -¿Siendo inteligentes, no saben lo que hacen, o sí lo saben?

Hip. -Lo saben muy bien; por eso obran mal.

Sóc. -Si saben lo que saben, ¿son ignorantes o conocedores?

Hip. - Conocedores, en efecto, al menos respecto a eso, a engañar.

Sóc. -Veamos, pues. Recapitulemos lo que dices. ¿Afirmas que los mentirosos son capaces, inteligentes, conocedores y hábiles para aquello para lo que son mentirosos?

Hip. - Lo afirmo, ciertamente.

Sóc. -¿Los veraces y los mentirosos son individuos distintos, incluso muy contrarios unos a otros?

Hip. -Eso digo.

Sóc. -Veamos; resulta que, según tus palabras, los mentirosos son personas capaces y hábiles.

Hip. - Sin duda.

Sóc. -Cuando dices que los mentirosos son capaces y hábiles, ¿acaso dices que son capaces, si quieren, de engañar en aquello en lo que en-gañan, o bien que no son capaces?

Hip. -Que son capaces.

Sóc. -Para decirlo sumariamente; los mentirosos son los capaces y hábiles para mentir.

Hip. -Sí.

Sóc. -Luego un hombre sin capacidad para mentir e ignorante no podría ser mentiroso.

Hip. -Así es.

Sóc. -Así pues, es capaz el que hace lo que quiere cuando quiere; no hablo de los impedi-dos por enfermedad o causas semejantes.
Tú

eres capaz de escribir mi nombre cuando quie-

ras; estas situaciones son las que yo digo. ¿No llamas tú capaz al que es así?

Hip. - Sí.

Sóc. -Dime, Hippias: ¿no eres tú experto en cuentas y en cálculo?

Hip. -Más que nadie, Sócrates.

Sóc. -¿No es cierto que, si alguien te preguntara qué cifra dan setecientos por tres, tú podrías, si quisieras, decir la verdad sobre esto con rapidez y exactitud?

Hip. - Ciertamente.

Sóc. - ¿Acaso porque eres el más capaz y el más hábil en esto?

Hip. - Sí.

Sóc. -¿Acaso eres el más hábil y el más capaz solamente, o también, el mejor, en lo que eres el más capaz y el más hábil, en el cálculo?

Hip. -También el mejor, Sócrates.

Sóc. -Tú podrías decir la verdad sobre esto con la mayor capacidad. ¿No es así?

Hip. -Así lo pienso.

Sóc. -¿Y la mentira acerca de estas mismas cosas? Respóndeme, Hippias, honrada y generosamente, como hasta ahora. Si alguien te pre-

gunta cuánto dan setecientos por tres, ¿serías tú el que mintiera con más precisión y mantuviera

la mentira sobre este punto, si quisieras mentir y no responder nunca la verdad, o bien sería el ignorante en cuentas el que si lo quisiera, podr-

ía mentir mejor que tú? ¿No es más cierto que

el ignorante, aun queriendo decir la mentira,

muchas veces diría, por azar, la verdad invo-

luntariamente, a causa de no saber, y que tú, en cambio, que eres sabio, si quisieras mentir,

mentirías siempre del mismo modo?

Hip. -Así es, como tú dices.

Sóc.-¿El mentiroso es mentiroso respecto a las otras cosas, pero no respecto al número, y

no podría decir mentira al calcular?

Hip. -También, por Zeus, respecto al núme-

ro.Sóc. -Por tanto, pongamos este supuesto,

Hipias, que un hombre puede ser mentiroso

respecto al cálculo y al número.

Hip. -Sí.

Sóc. -¿Quién sería este hombre? ¿No es nece-

sario que él tenga la condición de ser capaz de mentir, si va a ser mentiroso, según tú conven-

ías hace un momento? Pues, si te acuerdas, dijiste que el incapaz de mentir no podría nunca ser mentiroso.

Hip. -Sí me acuerdo y así se dijo.

Séc. -¿No es cierto que hace un momento te has manifestado como el más capaz de mentir respecto a cuentas?

Hip. -Sí, también se dijo eso.

Sóc. -¿No eres tú también el más capaz de decir la verdad respecto a cuentas?

Hip. -Ciertamente.

Sóc. -¿Luego un mismo hombre es capaz de decir la mentira y la verdad respecto a cuentas?

Éste es el apto con respecto a ello, es el experto en cálculo.

Hip. -Si.

Sóc. -Respecto a cuentas, Hipias, ¿quién será mentiroso sino el apto? En efecto, éste es también capaz; éste es también veraz.

Hip. -Así parece.

Sóc. -¿Ves que, respecto a esto, la misma

persona es mentirosa y veraz y que no es mejor el veraz que el mentiroso? En efecto, son la misma persona y no son totalmente contrarios, como tú creías ahora mismo.

Hip. -No lo parecen, partiendo de eso.

Sóc. -¿Quieres, entonces, que lo examinemos en otro caso?

Hip. -Si es tu deseo.

Sóc. -¿Es cierto que tú también eres experto en geometría?

Hip. -Ciertamente.

Sóc. -Bien. ¿No es también así en geometría?

Un mismo individuo, el geómetra, es el más capaz de mentir y de decir la verdad respecto a las figuras.

Hip. - Sí.

Sóc. -¿Respecto a este objeto es éste el experto o lo es algún otro?

Hip. - Ningún otro.

Sóc. -¿No es cierto que el geómetra experto y sabio es el más capaz para estas dos cosas y

que, si alguien puede engañar con respecto a las figuras, es éste, el experto? En efecto, éste es capaz, y el mal geómetra es incapaz de engañar. Por consiguiente, no puede ser mentiroso el que no es capaz de mentir, según hemos acordado.

Hip. -Así es.

Sóc. -Examinemos aún un tercer caso, el del astrónomo, en cuya ciencia tú crees que eres más entendido aún que en las anteriores. ¿Es así, Hippias?

Hip. - Sí.

Sóc. - ¿Acaso no es lo mismo en astronomía?

Hip. - Es probable, Sócrates.

Sóc. -Luego también en astronomía, si alguien es mentiroso, el buen astrónomo lo será más; él es capaz de mentir; no el incapaz, pues es ignorante.

Hip. -Así parece.

Sóc. -Por tanto, también en astronomía la misma persona es mentirosa y veraz.

Hip. -Parece que sí.

Sóc. -Ea, Hippias, examina libremente de esta manera todas las ciencias y mira si alguna es de otro modo. Tú eres con mucho el hombre más sabio en la mayor parte de ellas, según te oí yo ufanarte una vez en el ágora, en las mesas de los cambistas, cuando exponías tu envidiable y gran sabiduría.

c

Decías que en cierta ocasión te presentaste en Olimpia y que era obra tuya todo lo que llevabas sobre tu cuerpo. En primer lugar, que el anillo - por ahí empezaste- era obra tuya porque sabías cincelar anillos; que también el sello era obra tuya, y asimismo el cepillo y el recipiente del aceite que tú mismo habías hecho, después decías que el calzado que llevabas lo habías elaborado tú mismo y que habías tejido tu manto y tu túnica. Lo que les pareció a todos más asombroso y muestra de tu mucha habilidad fue el que dijeras que habías trenzado tú mismo el cinturón de la túnica que llevabas, que era igual a los más lujosos de Persia. Además de esto, llevabas poemas, epepe-

yas, tragedias y ditirain bos; y en prosa habías escrito muchos discursos de las más variadas

materias. Respecto a las ciencias de que yo hablaba antes, te presentabas superando a todos, y también, respecto a ritmos, armonías y propiedades de las letras, y a otras muchas cosas además de éstas, según creo recordar. Por cierto, se me olvidaba la mnemotecnia, invención tuya, según parece, en la que tú piensas que eres el más brillante. Creo que se me olvidan otras muchas cosas. Pero, como digo, poniendo la mirada en las ciencias que tú posees - muy numerosas- y en las de otros, dime si, de

acuerdo con lo convenido por ti y por mí, encuentras alguna en la que el que dice la verdad y el que miente sean dos personas distintas y

no la misma persona. Examina esto en la clase

de sabiduría que tú quieras o de destreza o co-

mo te guste llamarlo; no la encontrarás, amigo, porque no la hay. Con todo, dila tú.

Hip. -No puedo, Sócrates, al menos por aho-

ra. Sóc. -Ni podrás, según creo. Si yo digo la

verdad, ¿tienes presente lo que resulta del razonamiento, Hippias?

Hip. -No tengo muy en la mente lo que dices, Sócrates.

Sóc. -Porque quizá ahora no utilizas la mnemotecnica; sin duda, no lo crees necesario.

Yo te lo recordaré. ¿Sabes que tú decías que Aquiles era veraz y Odiseo, mentiroso y astuto?

Hip. - Sí.

Sóc. -Te das cuenta de que ahora han resultado ser la misma persona el mentiroso y el veraz, de manera que si Odiseo era mentiroso,

venía a ser también veraz; que si Aquiles era veraz, también era mentiroso, y que no son

diferentes ni contrarios estos hombres, sino semejantes?

Hip. -Sócrates, tú siempre trenzas razonamientos de este tipo; tomas separadamente lo más capcioso de la argumentación, te aferras a

ello, tratas el asunto en pedazos y no discutes en su totalidad el tema del razonamiento. Pues, ahora, si tú quieres, yo te demostraré

con muchos testimonios y con razonamiento apropiado que Homero ha hecho a Aquiles mejor que a Odiseo e incapaz de mentir; y que al otro, en cambio, lo ha hecho falso, muy mentiroso e inferior a Aquiles. Por tu parte, si quieres, con-trapón discurso a discurso diciendo que Odiseo

es mejor; así éstos tendrán más elementos de juicio sobre quién de los dos habla mejor.

Sóc. -Hippias, yo no discuto que tú seas más sabio que yo. Tengo siempre la costumbre,

cuando alguien habla, de prestarle mi atención, especialmente cuando el que habla me parece

sabio, y, en mi deseo de comprender lo que dice, averiguo, reexamino, comparo lo que se

dice, a fin de aprender. Si el que habla me parece de poco valer, ni insisto en mis preguntas ni me intereso por lo que dice. En esto reconocerás a los que yo considero sabios; encontrarás que

soy insistente sobre lo que dicen y que interrogo para aprender y sacar provecho. En efecto,

al hablar tú ahora me he dado cuenta de que en

los versos que tú citabas, mostrando que Aquiles se dirige a Odiseo como si éste fuera un

charlatán, me resulta extraño que tú tengas

razón, porque Odiseo, el astuto, en ninguna parte aparece mintiendo, en cambio Aquiles se muestra astuto, como tú dices. En todo caso, miente; habiendo dicho estos versos que tú citabas antes:

«Es mi enemigo como las puertas del Hades el que oculta en la mente una cosa y dice otra»,

dice, poco después, que no le convencerán Odiseo y Agamenón y que de ningún modo se

quedará en Troya, sino que:

«Mañana, dice él, tras haber hecho los sacrificios a Zeus y a todos los dioses, habiendo cargado bien las naves y haciéndolas arrastrar al mar, verás, si quieres y te interesa esto, navegar muy de mañana hacia el Helesponto, rico en peces, mis naves y, en ellas, a mis hombres afanosos de remar. Si el glorioso Enosigeo nos concede buena navegación, al tercer día podría llegar yo a la fértil Ptía».

Incluso, antes de esto, cuando injuriaba a

Agamenón, -dijo:

«Ahora me voy a ir a Ptía, puesto que es mucho mejor ir a casa con las curvas naves; no pienso estar aquí sin honores y amontonar para ti caudal y riqueza».

Tras haber dicho estas palabras, las unas, en presencia de todo el ejército, las otras, ante sus compañeros, en ninguna parte se le ve ni pre-pararse ni intentar echar las naves al mar con la intención de regresar a su casa, sino que des-precia, con la mayor tranquilidad, el decir la

verdad. Así pues, Hippias, te preguntaba yo desde el principio, porque no sabía a cuál de estos dos hombres había hecho mejor el poeta, y porque consideraba que los dos eran excelentes y que es difícil discernir quién de ellos era mejor en cuanto a verdad y engaño u otra cualidad. En efecto, con relación a esto los dos eran casi iguales.

Hip. -No lo juzgas bien, Sócrates. Es evidente que, cuando Aquiles no dice la verdad, no miente con premeditación, sino involuntariamente, y que se ha visto obligado a quedarse y a prestar auxilio a causa del revés del ejército; en cambio, cuando Odiseo no dice la verdad, lo hace voluntariamente y con intención.

Sóc. -Me engañas, querido Hippias, e imitas tú mismo a Odiseo.

Hip. -De ningún modo, Sócrates. ¿Qué intentas decir y con respecto a qué?

Sóc. -Porque dices que Aquiles no miente con intención, un hombre que según lo representa Homero, además de hablar a la ligera, era tan charlatán e insidioso que incluso parece sentirse superior a Odiseo en cuanto a que éste no se dé cuenta de que él dice palabras vanas, y esto, hasta el punto de que se atreve a

contra-decirse delante de Odiseo, sin que éste lo ad-

vierta. Odiseo, al menos, parece que le habla sin darse cuenta de que Aquiles miente..

Hip. -¿Qué estás diciendo, Sócrates?

Sóc. -¿No sabes que, después de haber dicho

a Odiseo que llevaría anclas con la aurora, no le dice a Ayante que llevará anclas sino otra cosa

distinta?

Hip. -¿En qué lugar?

Sóc. -Cuando dice:

«No me inquietaré por el sangriento combate hasta que el hijo del prudente Príamo, el divino Héctor, llegue a las tiendas y a las naves de los Mirmidones matando Argivos, e incendie con fuego las naves. Junto a mi tienda y mi negra nave pienso contener a Héctor, aunque esté ansioso de combate».

¿Acaso crees tú, Hipias, que el hijo de Tetis, educado además por el muy sabio Quirón, era tan olvidadizo como para que él mismo, tras haber vituperado con la máxima censura a los que hablan a la ligera, manifestara inmediatamente a Odiseo que pensaba regresar y a Ayante que pensaba quedarse? ¿No crees que lo hizo intencionadamente y creyendo que Odiseo era

un hombre ingenuo al que él superaría con esta habilidad y con no decir la verdad?

Hip. -No me parece a mí así, Sócrates, sino más bien que dejándose llevar por su falta de

doblez, dice una cosa a Ayante y otra a Odiseo.

En cambio, Odiseo, cuando dice la verdad, lo hace con una intención, y lo mismo cuando miente.

Sóc.-Luego es mejor, según parece, Odiseo que Aquiles.

Hip. -De ningún modo, Sócrates.

Sóc. -¿Qué, entonces? ¿No ha resultado antes que los que mienten voluntariamente son mejores que los que lo hacen sin querer?

Hip. - ¿Cómo es posible, Sócrates, que los que cometen injusticia voluntariamente, los que maquinan a asechanzas y hacen mal intencionadamente sean mejores que los que no tienen

esa intención? Me parece que merece excusa

quien comete injusticia o miente o hace algún

otro mal sin darse cuenta. También las leyes,

por supuesto, son mucho más severas con los que hacen mal o mienten intencionadamente,

que con los que lo hacen sin intención.

Sóc.-¿Ves tú, Hipias, que digo la verdad al

afirmar que yo soy infatigable en las preguntas a los que saben? Es probable que no tenga más

que esta cualidad buena y que las otras sean de

muy poco valor; en efecto, me extravió al buscar dónde están las cosas y no sé de qué mane-

ra son. Una prueba de ello, suficiente para mí, es que, cuando estoy con alguno de vosotros,

los bien considerados por una sabiduría de la

que todos los griegos darían testimonio, se hace visible que yo no sé nada. Pues, por así decirlo, no coincido en nada con vosotros; por tanto,

¿qué mayor prueba de ignorancia existe que

discrepar de los hombres que saben? En cam-

bio, tengo una maravillosa compensación que

me salva: no me da vergüenza aprender, sino

que me informo, pregunto y quedo muy agra-

decido al que me responde y nunca privé a na-

die de mi agradecimiento, jamás negué haber

aprendido algo haciendo de ello una idea ori-

ginal mía. Al contrario, alabo como sabio al que me ha enseñado, dando a conocer lo que

aprendí de él. Y por cierto, tampoco ahora es-

toy de acuerdo con lo que tú dices, sino que discrepo totalmente. Sé muy bien que esto es por mi causa, porque soy como soy, para no decir de mí nada grave. En efecto, Hipias, a mí me parece todo lo contrario de lo que tú dices; los que causan daño a los hombres, los que hacen injusticia, los que mienten, los que engañan, los que cometen faltas, y lo hacen intencionadamente y no contra su voluntad, son mejores que los que lo hacen involuntariamente. Algunas veces, sin embargo, me parece lo contrario y vacilo sobre estas cosas, evidentemente porque no sé. Ahora, en el momento presente, me ha rodeado una especie de confusión y me parece que los que cometen falta en algo intencionadamente son mejores que los que lo hacen involuntariamente. Hago responsables del estado que ahora padezco a los razonamientos precedentes, de manera que ahora, en este momento, los que hacen cada una de estas cosas involuntariamente son peores que los que las hacen intencionadamente. Así pues,

hazme esta gracia y no rehuses curar mi alma,
pues me harás un bien mucho mayor librán-
dome el alma de la ignorancia que el cuerpo de
una enfermedad. En todo caso, me anticipo a decirte que no me vas
a curar si tienes la intención de pronunciar un largo discurso, pues
no

sería capaz de seguirte. En cambio, si estás dispuesto a
responderme como hasta ahora, me

ayudarás mucho, y creo que tampoco te hará
daño a ti. Es justo que te llame en mi ayuda,
hijo de Apemanto, pues tú me animaste a dia-
logar con Hippias. También ahora tú, si Hippias
no quiere responder, pídeselo por mí.

Éud. -Pero creo yo, Sócrates, que Hippias no
tiene necesidad de nuestro ruego. No iban por

ahí las palabras que nos anticipó, sino más bien hacia que no
evitaría las preguntas de nadie.

¿Es así, Hippias? ¿No es eso lo que decías?

Hip. -Sí, ciertamente. Pero, Éudico, Sócrates
siempre embrolla las conversaciones y parece
como si tratara de obrar con mala intención.

Sóc. -Mi buen Hippias, no hago eso intencio-

nadamente, pues sería sabio y hábil, según tus palabras, sino que lo hago involuntariamente, de modo que perdóname. En efecto, tú dices que se debe excusar al que hace daño involuntariamente.

Éud. -No lo hagas de otro modo, Hippias, sino que, por nosotros y por las palabras que antes dijiste, contesta a lo que te pregunte Sócrates.

Hip. -Responderé, puesto que me lo pides tú. Bien, pregunta lo que quieras.

Sóc. -Deseo vehementemente, Hippias, examinar lo que ahora hemos dicho: si son, en verdad, mejores los que cometen faltas intencionalmente, que los que lo hacen involuntariamente. Pienso que para este examen procederíamos adecuadamente de este modo. Así pues, contéstame: ¿dices que hay algún corredor bueno?

Hip. -Sí, ciertamente.

Sóc. -¿Y malo?

Hip. -Sí.

Sóc. -¿No es bueno el que corre bien y malo el que corre mal?

Hip. -Sí.

Sóc. -¿El que corre despacio corre mal y el que corre deprisa corre bien?

Hip. -Sí.

Sóc. -¿Luego en la carrera y en el correr, la rapidez es lo bueno y la lentitud lo malo?

Hip. -¿Qué otra cosa va a ser?

Sóc. -¿Quién es mejor corredor, el que corre despacio intencionadamente o el que lo hace contra su voluntad?

Hip. -El que lo hace intencionadamente.

Sóc. -¿Correr no es hacer algo?

Hip. -Lo es en efecto.

Sóc. -Si es hacer algo, ¿no es también ejecutar algo?

Hip. -Sí.

Sóc. -¿El que corre mal ejecuta esto en la carrera mal y de modo feo?

Hip. -Mal, con certeza.

Sóc. -¿El que corre lentamente corre mal?

HiP. -Sí.

Sóc. -¿No es cierto que el buen corredor ejecuta esto, que es malo y feo, intencionadamen-

te, y el mal corredor, involuntariamente?

Hip. -Así parece.

Sóc. -¿Luego en la carrera el que ejecuta cosas mal hechas involuntariamente es peor que el que las ejecuta voluntariamente?

Hip. -En la carrera, al menos, sí.

Sóc. -¿Y en la lucha? ¿Es mejor luchador el que cae voluntariamente, o el que cae involuntariamente?

Hip. -El que cae voluntariamente, según parece.

Sóc. -¿Es peor y más feo en la lucha caer, o derribar?

Hip. - Caer.

Sóc. -¿Luego también en la lucha el que ejecuta actos malos y feos voluntariamente es mejor luchador que el que los ejecuta involunta-

riamente?

Hip. -Así parece.

Sóc. -¿Y en todos los otros ejercicios del cuerpo? ¿No es cierto que el mejor respecto al

cuerpo es capaz de realizar ambas clases de

cosas, las fuertes y las débiles, las feas y las bellas, de forma que, cuando en lo que concierne

al cuerpo se realizan cosas mal hechas, el mejor respecto al cuerpo las realiza voluntariamente, y el peor involuntariamente?

Hip. -Parece que es así en lo referente a la

fuerza.

Sóc. -¿Y en cuanto a la buena apariencia,

Hipias? ¿No es propio del mejor cuerpo tomar

las posturas feas y malas voluntariamente, y es propio del peor cuerpo tomarlas involuntariamente? ¿Cómo piensas tú?

Hip. - Así.

Sóc. -Luego ta

c

mbién la mala apariencia,

cuando es voluntaria, proviene de la perfección del cuerpo, y cuando es involuntaria, proviene

de la imperfección.

Hip. -Así parece.

Sóc. -¿Qué dices respecto a la voz? ¿Cuál dices que es mejor, la que desentona voluntaria-

mente o la que lo hace involuntariamente?

Hip. -La que desentona voluntariamente.

Sóc. -¿Es inferior la que desentona involuntariamente?

Hip. -Sí.

Sóc. -¿Qué preferirías tener, lo bueno o lo malo?

Hip. -Lo bueno.

Sóc. -¿Preferirías tener unos pies que cojearan voluntariamente, o involuntariamente?

Hip. -Voluntariamente.

Sóc. -¿No es la cojera un defecto y una mala apariencia?

Hip. - Sí.

Sóc. -¿Y la miopía, no es un defecto de los ojos?

Hip. -Sí.

Sóc. -¿Qué ojos querrías tú poseer y tener contigo, aquellos con los que voluntariamente

ves poco y con estrabismo, o los ojos con los que esto sucede involuntariamente?

Hip. -Los ojos con los que voluntariamente.

Sóc. -¿Luego consideras tú que los órganos tuyos que trabajan mal voluntariamente son mejores que los que lo hacen involuntariamente? Hip. -Sí, son mejores.

Sóc. -Por tanto, una sola afirmación abarca todo esto: no es deseable poseer, porque son malos, los oídos, las narices, la boca y todos los órganos de los sentidos que trabajan mal involuntariamente; en cambio, es deseable poseer, porque son buenos, los que lo hacen voluntariamente.

Hip.-Así me lo parece.

Sóc. -¿Y el uso de qué instrumentos es mejor, el de aquellos con los que se trabaja mal voluntariamente o el de aquellos con los que se trabaja mal involuntariamente? Por ejemplo, ¿es mejor un timón con el que se pilota mal sin querer-lo o uno con el que se hace mal queriéndolo?

Hip. -Aquel con el que se hace mal queriéndolo.

Sóc. -¿No son lo mismo un arco, una lira, una flauta y todas las demás cosas?

Hip. -Dices la verdad.

Sóc. -¿La condición natural de un caballo con el que se cabalga mal voluntariamente es mejor que la de aquel con el que se hace mal esto involuntariamente?

Hip. -Seguramente.

Sóc. -Entonces, es mejor.

Hip. -Sí.

Sóc. -Así pues, con un caballo de buena condición se podría intencionadamente realizar las obras propias de esta buena condición en sentido contrario; en cambio, con el de mala condición natural se realizan éstas involuntariamente. Hip. -Sin duda.

Sóc. -¿No sucede lo mismo con la condición natural del perro y con la de todos los otros animales?

Hip. -Sí.

Sóc. -¿Y qué, entonces? ¿El alma de un arquero es mejor si yerra el blanco voluntaria-

mente, o si yerra involuntariamente?

Hip. - Si yerra voluntariamente.

Sóc. -¿Luego es ésta mejor para el tiro al arco?
Hip. - Sí.

Sóc. -¿Entonces, el alma que yerra involuntariamente es peor que la que yerra voluntariamente?

Hip. -Al menos, en el tiro al arco.

Sóc. -¿Y en la medicina? ¿No es más conocedora de la medicina el alma que hace mal a los cuerpos voluntariamente?

Hip. -Sí.

Sóc. -Luego, en este arte, ésta es mejor que la que no lo hace voluntariamente.

Hip. -Sí, es mejor.

Sóc. -¿Qué, pues? Del mismo modo lo es la

más conocedora del arte de tocar la cítara y del arte de tocar la flauta; y respecto a todas las

artes y conocimientos, ¿no es mejor la que voluntariamente hace las cosas mal y torpemente

y comete errores, y es peor la que hace esto

involuntariamente?

Hip. -Así parece.

Sóc. -Pero, ciertamente, preferiríamos como

almas de los esclavos las que cometen errores y obran mal voluntariamente, más bien que las

que hacen esto involuntariamente, en la idea de que son mejores para esto.

Hip. -Sí.

Sóc. -Y nuestra propia alma, ¿no quisiéramos que fuera lo mejor posible?

Hip. -Sí.

Sóc. -¿No es cierto que será mejor, si obra

mal y comete errores voluntariamente, que si lo hace involuntariamente?

Hip. -Sería horrible, Sócrates, que los que obran mal voluntariamente fueran mejores que los que obran mal contra su voluntad.

Sóc. -Sin embargo, así resulta de lo que hemos dicho.

Hip. -No, ciertamente, para mí.

Sóc. -Yo creía, Hipias, que también te parecía

a ti así. Pero respóndeme de nuevo. ¿No es la justicia una fuerza o una ciencia, o bien lo uno y lo otro juntos? ¿O no es necesario que

la justicia sea una de estas cosas?

Hip. -Sí es necesario.

Sóc. -¿No es cierto que, si la justicia es una fuerza del alma, el alma más fuerte es más justa? En efecto, un alma así nos ha resultado ser mejor, amigo mío.

Hip. -Sí.

Sóc. -¿Y si es una ciencia? ¿No es más justa el alma más sabia, y es menos justa la menos sabia? Hip. -Así resulta.

Sóc. -¿No es cierto que la más fuerte y la más sabia ha resultado ser mejor y más capaz de realizar ambas cosas, lo bueno y lo malo, en cualquier actividad?

Hip. -Sí.

Sóc. -Luego cuando realiza lo feo, lo realiza.

voluntariamente por su fuerza y por su arte;

esto parece ser propio de la justicia: o bien lo bueno y lo malo, o una sola de estas dos cosas.

Hip. -Parece que sí.

Sóc. -Y el cometer injusticia es hacer mal, y no cometerla es hacer bien.

Hip. -Sí.

Sóc. -¿No es cierto que el alma más fuerte, cuando comete injusticia, lo hace voluntariamente y la mala, involuntariamente?

Hip. - Así parece.

Sóc. -¿No es un hombre bueno el que tiene un alma buena, y es malo el que la tiene mala?

Hip. -Sí.

Sóc. -Luego es propio del hombre bueno cometer injusticia voluntariamente y del malo, hacerlo involuntariamente, si, en efecto, el hombre bueno tiene un alma buena.

Hip. -Pero, ciertamente, la tiene.

Sóc. -Luego el que comete errores voluntariamente y hace cosas malas e injustas, Hippias, si este hombre existe, no puede ser otro que el hombre bueno.

Hi. -No me es posible admitir eso, Sócrates.

Sóc. -Tampoco yo puedo admitirlo, Hippias, pero necesariamente nos resulta así ahora según nuestro razonamiento. Pero, como decía antes, yo ando vacilante de un lado a otro res-

pecto a estas cosas y nunca tengo la misma opinión. Y no es nada extraño que ande vacilante yo y cualquier otro hombre inexperto. Pero el que también vosotros, los sabios, vaciléis, esto es ya tremendo para nosotros, que ni siquiera dirigiéndonos a vosotros vamos a cesar en nuestra vacilación.

**¡Gracias por leer este libro de
www.elelandria.com!**

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web